

# Cuentos de Venezuela.

E. G Gómez

CUENTOS DE VENEZUELA.



E.G.Gómez

# Capítulo 1

Un viaje a Esmeralda.

En cierta ocasión, conocí a un joven viajero en el aeropuerto, en mi camino a un viaje de negocios a Maracaibo. Él estaba desaliñado, bronceado y sostenía en su brazo una gran mochila de excursiones. Yo por mi parte estaba enervado y agotado, la encargada nos había avisado que nuestro vuelo iba a estar retrasado unos pocos minutos, los minutos para mi tormento se convirtieron en horas, pero fueron suficientes para que aquel joven exhausto me contara su reciente aventura en la selva amazónica.

Estábamos sentados en el suelo del aeropuerto, porque había una cantidad excesiva de gente, comenzamos a hablar de temas triviales, mi tortura llegó a otro nivel cuando el niño de al lado se puso a llorar porque su madre no quería comprarle uno de los dulces en el mostrador de un pequeño kiosco, cuando le pregunté de donde venía, sus ojos brillaron con emoción, el ajetreo de las personas a nuestro alrededor quedó olvidado cuando el joven comenzó su historia.

–Para que usted entienda como llegué a La Esmeralda, tiene que conocer lo que me llevó a ella. – Me dijo el joven, mientras se cruzaba de piernas y cerraba los ojos.

Su expresión de cansancio se convirtió en una de paz total. Yo le alenté a continuar, realmente no había mucho que hacer, y estaba totalmente intrigado por el joven a mi lado.

– Fue hace muchos años, bueno hace quince años exactamente, tenía ocho años, solía tener una hermana menor de cuatro años. – Abrió los ojos y me miró.

Estaba a punto de preguntarle: ¿Por qué solías tener una hermana? Cuando las palabras resonaron en mis oídos, me di cuenta...Solía, ya no. Él notó mi expresión, asintió y volvió a cerrar los ojos. Que tristeza.

– Ella era la niña más hermosa de todas, con su cabello amarillo como el sol, realmente era mi pequeño rayo de sol, solo que hasta entonces no me había dado cuenta. Su sonrisa blanca y reluciente, dejaba a cualquiera sin respiración. – El joven comenzó a sonreír, y continuó. –Tenía esta peca, en su muñeca, muy graciosa, si entrecerrabas los ojos se parecía a una luna, pero siempre le decía que parecía a un elefante con una falda,

eso la hacia reír hasta llorar.

Sonreí, al pensar en su recuerdo, yo tenía hermanos y hermanas pero nunca me había expresado así de ninguno. – Suena a que era una jovencita muy especial. El asintió.

– Su nombre era Mila, bueno realmente era un apodo, ella tenía un trastorno llamado atrofia muscular espinal, o AMS, usted verá... consiste en que las células nerviosas de la parte inferior del cerebro y de la médula espinal se destruyen y mueren. Cuando ocurre esto, el cerebro deja de enviar señales a los músculos del cuerpo, Mila tenía AMS de tipo 1, es la que aparece a partir de los cuatro meses de vida, y nadie sobrevive más de tres años.

– Pero su hermana tenía cuatro años.

– Mila tenía cuatro años en aquel entonces, incluso su dificultad de habla mejoró impresionantemente, los doctores nunca habían visto nada igual y todos pensaron que era un milagro, cada día lo era, entonces comenzamos a llamarla Mila, una noche en particular le costó muchísimo respirar, esa era una de las cosas, sabes, es muy difícil tener ocho años y no saber cómo ayudar a tu hermana pequeña, bueno, esta noche, recuerdo fue un viernes, todos los viernes comíamos algo rico, a Mila le costó respirar, más de lo normal, su llanto era débil por la enfermedad, todos corrían, nuestra abuela estaba desesperada, mi mamá parecía ser la única en mantener la calma... – Abrió los ojos, y me miró con una sonrisa triste.

– Esa noche la dormí en la clínica con mis padres. Los doctores lograron ayudarla, despertó catorce horas después preguntando por mí, le había colocado un tubo por la garganta para ayudarla a respirar, y la garganta le había quedado seca cuando se lo removieron, me acerque a su lado, mi mamá sostenía un vaso con agua y un pitillo para ella, yo pedí darle el agua, mamá me dijo que tuviera cuidado, yo sabía que tenía que tener cuidado. ¿Sabe que fue lo primero que me dijo al sentarme a su lado? – Me preguntó el joven, mientras sonaba sus huesos.

No. – Le respondí. – ¿Qué le dijo? – El joven me vio unos segundos, confuso, me di cuenta que no me estaba viendo a mí, si no sobre mi hombro, gire mi cabeza y me di cuenta que toda la familia del niño llorón, estaba atenta a lo que el joven estaba diciendo, la madre nos sonrió tímidamente, y le hizo señas al joven para que continuara, él le devolvió la sonrisa.

– Me dijo que tenía miedo. Fue casi un susurro pero yo lo pude escuchar, mi hermanita tenía miedo de morir y dejarnos, yo le dije que no tenía por

qué tener miedo, porque ella era Mila, la niña milagro, y jamás iba a morir. Esa noche mi abuela me llevó a la casa, y a penas llegue me metí en la computadora, y coloqué "La ciudad Esmeralda" en internet, 560.000 y pico de resultados en menos de 0, 31 segundos, mi felicidad fue tan inexplicable, al darme cuenta que había una localidad llamada La Esmeralda, aquí en Venezuela, y tan cerca. Nosotros vivíamos en San Fernando de Apure, y para un niño de ocho años, ver tan poca distancia en la pantalla, fue como ver al niño Jesús dejándonos los regalos de navidad el 24 de diciembre, seguramente se preguntaran porque me emocionaba tanto aquel lugar, y es que el nombre de mi hermana es... era Esmeralda. El día que llegó a la casa, la lleve en su silla de ruedas al computador de la sala y le conté sobre mi hallazgo, estaba tan emocionada que casi no tomaba aire al hablar, le conté que podíamos ir en carro, eran cinco horas, más un ferry para llegar a Puerto Ayacucho, y de ahí la iba a llevar hasta La Esmeralda caminando. – Se echó a reír un momento. Todos sonreímos con él. –Es tan increíble como con ocho años pensaba que podía llevar a mi hermana que tenía dificultades para caminar, respirar, comer y toda clase de cosas, por el Amazonas, es tan increíble como la mente de los niños trabaja, creer que puedes conquistar el mundo con una linterna y un paquete de galletas en el bolso.

En ese momento una vendedora paso frente a nosotros, compre dos botellas de agua, tostones y me ofrecí para comprarle los dulces por los que el niño había estado llorando, todos tomamos un poco de agua y aguardamos a que el joven hiciera lo mismo y siguiera contando la historia, algunas personas se detenían a escuchar, se marchaban a medida que sus vuelos salían, aún éramos la señora, sus hijos, el joven y yo. El se acomodo donde estaba y continuó su historia.

– Mila estaba muy emocionada, pasamos todo el día haciendo planes, trazando un mapa, haciendo una lista de las comidas que íbamos a llevar, y como íbamos a conseguir el dinero, decidimos irnos cuando Mila tuviera diez años, porque seguramente para ese momento ya podría caminar, su enfermedad se habría ido, yo tendría catorce y sería un hombre, de manera que nuestros padres nos dejarían hacer lo que quisiéramos. A la hora de la cena, mamá le dio de comer, esperamos que nuestros padres estuvieran reposando luego de la comida y juntos le contamos nuestros planes, ambos rieron, y nos abrazaron, mamá soltó algunas lágrimas, me había dicho que era porque estaba muy feliz y amaba nuestros planes.

– Esa noche llovía muchísimo, los truenos me daban miedo, así que me levante de mi cama, abrí mi puerta y crucé el pasillo hasta la habitación de Mila, ella estaba despierta, lloraba, su llanto era débil, corrí a acostarme en su cama, la abracé, recuerdo haberle acariciado el cabello, le conté un cuento sobre una princesa en la ciudad esmeralda, los grandes bosques, y gente mágica que vivía en la selva hasta que la lluvia cesó, la giré de modo que pudiéramos estar cara a cara, yo tenía sueño pero no quería dormir, por miedo a que los truenos regresaran, nos miramos a los

ojos durante unos minutos, y luego me dijo: Sami, muero por ir a ciudad esmeralda contigo. ¿Crees que podemos vivir allá con la gente de la selva y la princesa de tu cuento? – El joven nos miró y sonrió tristemente. – Saben... – Dijo. – Recuerdo haberle contestado: Si Mila, pero... tu eres la princesa del cuento, y algún día volverás a casa.

– Los dos nos quedamos dormidos esa noche, juntos, abrazados, soñado con la selva y la esmeralda. Jadeos y llanto me despertaron, Mila estaba teniendo dificultad para respirar nuevamente, no sabía cómo ayudarla, corrí al cuarto de mis padres y les grite que a Mila le pasaba algo, corrí a su cuarto nuevamente, estuve a su lado, mis padres llamaron a una ambulancia, corrían buscando ropa y cosas para mi hermana, yo tomaba su mano y limpiaba sus lagrimas, en un instante que jamás olvidaré, ella logró decirme unas palabras casi sin aliento, entrecortadas y difíciles de entender, pero yo lo hice, oí claramente cuando mi hermanita me dijo: No me dejes morir sin ir a esmeralda. Su último aliento, sus últimas palabras, su última mirada todas fueron para nuestro viaje, nuestros planes, para mi...

Un lloriqueo me hizo volver a la realidad, de pronto me percaté de que ya no éramos la mujer, sus hijos y yo, eché un vistazo a mi alrededor, al lado del joven se encontraban dos chicas de unos dieciséis años con los ojos aguados, al frente de mi tenía a un hombre sosteniendo la mano de su esposa, miré sorprendido al joven y este me dio una sonrisa modesta en respuesta.

– Continúe joven... por favor. – La mujer que tenía al frente habló. El joven asintió.

– Mi hermanita murió a la edad de cuatro años, dos días antes de su cumpleaños número cinco. No hubo entierro, Mila fue cremada, y mamá mantenía sus cenizas en su habitación, recuerdo que de niño no entendía porque decían que Mila estaba en ese pequeño cofre de madera, mi padre lloraba cada tanto que pensaba que no lo estaba viendo o escuchando, y yo estaba tan molesto que arrugue todos los papeles y listas que habíamos sacado del viaje a La Esmeralda, los arrugué y los tiré. Pasaron los años, y la muerte de mi hermana sólo se hacía más difícil de digerir, me molestaba que aún siguieran llamándola Mila, ella no era un milagro, estaba muerta. Los años de adolescencia fueron peores, mis amigos realmente no podían entender por qué me dolía, recordaba continuamente y me molestaba tanto su muerte, ya tenía quince años y aun seguía pensando en ella constantemente, cada día de mi vida, comencé a fumar, a todas horas, cada vez que podía, un año más tarde fue el alcohol, y desde los diecisiete me metí en las drogas, marihuana principalmente... Yo... sólo quería dejar de pensar en esas palabras. Saben, esas últimas palabras me persiguieron siempre... fue... fue como que la dejé ir, la había

defraudado.

– No fue tu culpa. – Dijo una de las muchachas, tomando de la mano al joven, lagrimas corrían por sus mejillas, tenía la nariz roja y algunos mechones de cabello pegados a su cara por la humedad. – Tenias ocho años, ella estaba enferma...no...n-no fue tu culpa. – Dijo entre llantos.

– Ahora lo sé. – Dijo el joven gentilmente acariciándole una mejilla. – Ahora sé que no podía evitar que nada de eso sucediera, pero en ese entonces yo sólo era un estúpido adolescente destrozando mi vida, destruyendo a mis padres, matando al único hijo que les quedaba. A duras penas me gradué del bachillerato, a los dieciocho comencé la universidad, y me dediqué a hacer algo bueno por mí, pensando en que Esmeralda estaría muy orgullosa de mi si lo lograba, me gradué a los veintidós años en educación universitaria, fui aceptado para optar por un postgrado en filosofía en una universidad de Maracaibo, todos estaban muy felices por mí, estaba empacando mis cosas, cuando hallé una caja debajo de la cama, estaba llena de polvo, y los papeles que se encontraban ahí estaba todo, la lista de comidas, la ruta, el mapa, dibujos de la selva, y la foto de La Esmeralda, me tomó menos de cinco minutos decidir cambiar mi rumbo, le mostré los papeles a mis padres, sólo asintieron, iría unas pocas semanas a La Esmeralda y luego iría a Maracaibo, lo entendieron, sabían que era algo que tenía que hacer.

– Les pedí que mandaran mis cosas a Maracaibo a la casa de nuestra tía Anastasia, dije que yo llegaría después. Me tomó un día antes de partir, compre alguna de las comidas enlatadas y empaquetadas que habíamos anotado en la lista, cargue mi iPod con las canciones favoritas de Mila, ropas frescas, protector solar, agua potable, protector de plagas, analgésicos y diferentes medicamentos, brújula, una navaja suiza que me había regalado mi papá en navidad, todo lo metí en mi maleta de excursiones, había hecho un estudio grandisimo sobre las cosas necesarias para hacer ese tipo de viajes, por último, tomé las cenizas de Mila y emprendí mi camino.

– ¿Te fuiste solo al Amazonas? – Pregunto la señora detrás de mi boquiabierta.

– Cuanta valentía. – Dijo el señor que aún sostenía la mano de su esposa, yo simplemente asentí, lo mire con un sentimiento extraño, era una dicha inexplicable.

– Sí, me tomo unas seis horas. – Dijo el joven sonriendo. – Llegué a Puerto Ayacucho casi a las tres de la tarde, una más de las que le había dicho a Mila, mas el viaje en ferry, encontré una posada para pasar la noche, al día siguiente estaba partiendo a La Esmeralda en un avión de la fuerza armada, no sabía bien que esperar, estaba muy nervioso, y continuaba acariciando la pequeña caja de caoba donde se encontraban

las cenizas de Mila, suena perturbador, pero era la única manera en que podía permanecer tranquilo, el vuelo duró alrededor de cuarenta y cinco minutos, lo que a mi parecer fueron años, mientras llegábamos pude ver a La Esmeralda desde pocos metros de altura, una población a las orillas del río Orinoco, la pista asfaltada donde aterrizaríamos, pequeños cuadros azules a lo largo del perímetro, nada muy grande, lo único grande era el inmenso río.

– Guao, eso es impresionante... – Comentó una de las chicas, una rubia, algo gordita. Con una mirada inocente, esperando por la continuación del relato.

– Al aterrizar, no había realmente mucho que recorrer, me encontré con una señora mayor que yo, de unos cuarenta años, estaba ahí para hacer unos estudios, nos pusimos a hablar, le conté mi historia, buscaba un lugar digno de colocar las cenizas de mi hermana Esmeralda, ella me dijo que La Esmeralda era hermoso, estaba este inmenso río, y toda la flora a su alrededor, me ofreció asilo mientras estuviera aquí explorando, me dio su dirección y nos separamos, en ese momento un señor se me acerca, parecía mi abuelo, estaba encorvado por los años, negrito por el sol, algo desaliñado, me agarró por los hombros y me dijo: Hijo, estos lugares están llenos de magia, y yo te lo puedo mostrar. Olía a ron y se veía exhausto, justo como estoy yo ahora, no se que fué, llámenlo intuición, locura, anhelo de hacer que el viaje valiera la pena, pero le creí completamente, cada palabra.

–Así que... ¿Te fuiste con ese loco? – Preguntó la madre del niño. – Así como así.

– Sí. – Contestó el joven. – Me fui con el viejo al día siguiente. El me prestó su equipo de excursionismo, un mapa del cerro a dónde tenía que ir, rutas que el mismo había trazado, el señor iba contándome sobre una gente mágica, las historias se parecían un poco a las que yo le contaba a Mila, así que eso me sorprendió, me contó sobre un pequeño lago de agua transparente, no muy profundo, donde hermosas flores de todos los colores florecían en la noche y sólo en la noche. Fuimos algún tiempo en su curiara, hasta que el viejo me dijo que habíamos llegado, por suerte conocía a un amigo, al que llamé para que me ayudara con los permisos de excursión, es bueno tener conexiones, ustedes saben, al bajarme me doy cuenta, el señor no tiene intención de bajarse, sigue en la curiara.

– Le pregunté si venía conmigo, por que no conocía la montaña. "No mijo, sigue recto, asegúrate siempre ir recto, y seguir mi mapa" Me dijo el viejo, saqué la brújula que tenía en el bolso y comprobé la ubicación, cumpliría con las pautas del mapa al pie de la letra. Metí las cenizas de Mila en mi bolso, le pagué al viejo por haberme llevado ahí, y le dije que le daría la mitad en una semana cuando me buscara de nuevo. Vi al viejo

irse en su curiara por el río, y yo emprendí mi camino.

– Su mapa realmente era muy específico, se tomó el tiempo de hacerlo, nada había cambiado excepto el crecimiento del monte, me coloqué mi impermeable y me puse mi gorra, este cerro era muy famoso por sus altas lluvias, se que pensaran que es loco arriesgarse de tal manera, sin antes haber hecho excursionismo, pero Mila valía cada riesgo y peligro, me adentre al cerro, tome el camino que decía el mapa, se iba haciendo más difícil conforme caminaba pero nada me iba a impedir llegar a ese lago, algo en mi cabeza me repetía que el viejo me estaba mintiendo, como pensaría cualquier persona lógica, pero yo ya no era el mismo joven de veintitrés años que salió de san Fernando de Apure, yo era el niño de ocho años que iba a emprender una aventura con su hermana, esa noche acampé en una especie de refugio, que me proporcionaba una saliente, no fue cómodo pero no había tiempo para nada más, saque las barras nutritivas de mi mochila, uno de los embases de agua que tenía y con eso pasé la noche. Al día siguiente emprendí camino nuevamente, realmente la dificultad y el costo que conlleva subir es bien recompensado con la vista, jamás había visto nada más hermoso, perdí la cuenta de las horas, no se cuanto tiempo estuve subiendo el cerro hasta que anocheció nuevamente, esta vez el mapa no me mostraba ningún lugar donde pasar la noche, y en vano busqué y busqué.

– Me enrollé en mi impermeable y una manta en el pie de un árbol, comí y traté de dormir, sin éxito, al percatarme de que estaba amaneciendo me levanté, recogí mi cosas, me detuve unos minutos, mis ojos quedaron cautivados por el cielo, una perfecta mezcla de amarillo, rosa y rojo se alzaba, jamás había visto algo tan hermoso, rocé la caja de caoba de Mila, sonreí por que eso era algo que sin duda me hubiera gustado que viera, cuando me estaba yendo, oí un sonido raro, algo se movía en los matorrales a unos cuantos pasos de mi, con cuidado saque mi navaja suiza, pensé que iba a ser un zorro o algo parecido, así que imaginaron mi expresión cuando un jaguar hace su camino entre las ramas, todos mis músculos se tensaron, quede paralizado.

Se detuvo un momento, pasaron varios segundos antes de que me percatara de que todos tenían la boca ligeramente abierta, hasta yo, hasta tenía los pelos de punta.

– ¿Qué hiciste? – Preguntó una de las niñas llevándose las manos a la boca. Todos mirábamos expectantes al joven, esperando su respuesta.

– Nada. – Respondió el, escuché el susurro del niño preguntándole a su madre, si el jaguar se había comido al joven.

– No me comió. – Respondió gentilmente y con una sonrisa el joven a la pregunta del niño. – No lo creerían, el solo se quedo ahí, viéndome con

esos grandes ojos amarillos, esperando...

–¿Qué era lo que esperaba? – Pregunté. Todavía impresionado, boquiabierto, buscando una señal de lucha por parte del joven, en sus brazos, nada.

– No lo sé. – Respondió el joven. – El sólo se quedo ahí, comencé a moverme lentamente, el jaguar no hizo ningún movimiento, tenía un sinfín de manchas negras en su pelaje, tomé mis cosas cautelosamente, el seguía todos mis movimientos con sus ojos, con cuidado me dirigí hacia el camino trazaba el mapa, oí el crujir de las ramas, luego un pelaje suave rozando mi pierna derecha, el jaguar me había pasado de largo, caminando con agilidad hacia donde yo me dirigía, me quede observándolo un rato, el giro su cabeza hacia mí, como pidiéndome que lo siguiera, así que lo seguí, llámenlo como quieran, pero ese animal actuaba como un guía, durante mucho tiempo caminamos juntos la ruta, era tan extraño como fascinante, el animal se detuvo debajo de un árbol, ya estaba oscureciendo, se quedo mirándome fijamente, parecía una persona, me intrigaba y al mismo tiempo me maravillaba, pero no sentí miedo en ningún momento desde que dejamos el lugar donde había tratado de pasar la noche, saque varias barras de cereal, y uno de los jugos que había guardado, el animal me observo durante un largo rato hasta que se alejó, me senté en la raíz del árbol pensando en lo loco que había sido caminar con un jaguar, cuando este regresa a mi lado con un animal ensangrentado entre sus dientes, se sentó a mis pies y comenzó a devorarse a su presa. Esta noche en particular no me sentía inquieto, con un jaguar de extraño comportamiento durmiendo a mis pies, me sentí más tranquilo, en el transcurso de la noche me quedé dormido.

Desperté en la mañana con el animal lamiéndome la cara, por un momento había pensado que todo era un gran sueño, pero al instante en que abrí los ojos me di cuenta que no era así, me lavé la cara con una de las botellas de agua que había llevado del rio, enjuague mi boca y me dispuse a buscar entre mi mochila algo de comer, continué mi camino con el jaguar siguiéndome los pasos, los mosquitos eran un problema, el repelente casi se me acababa, según el mapa del viejo, tardaría tres días en llegar al pequeño lago, hoy debía llegar. Mi nuevo acompañante y yo caminamos sin parar ese día, debían ser ya las tres o cuatro de la tarde cuando nos encontramos con una pared de enredaderas, el animal me dirigió una mirada que sólo pude interpretar como sígueme, y se abrió camino por la pared falsa de matas, caminé detrás de él y entramos a lo que parecía ser una cueva, completamente oscura, sólo al final lograbas divisar un pequeño punto blanco, a medida que caminábamos se iba haciendo más grande, hasta que logré ver que había más allá de ese punto blanco inicial, que se había convertido en la salida de una cueva que resultó ser un túnel.

Mis ojos no dieron crédito a lo que veían, habíamos llegado al pequeño lago, sólo que era muchísimo más que eso, a primera vista conté unos treinta y cinco jaguares o tal vez más paseándose por lo que parecía un campo, un campo lleno de arboles, y flores de muchísimos colores, mi jaguar compañero siguió hasta una pequeña manada reunida, si antes pensaba que estaba loco, en ese momento estaba delirando, los cuatro jaguares con los que se encontró giraron sus cabezas a verme, a un kilómetro aproximadamente pude ver el lago al que se refería el viejo, camine hacia él con vacilación, al acercarme varios de los animales que se encontraban ahí corrieron a mi encuentro, mostraban sus afilados colmillos y mirada asesina, el jaguar que me condujo hasta aquí corrió a mi alcance y se colocó frente a mí, dándome la espalda, mi corazón estaba muy acelerado. Luego de lo que pareció una eternidad los animales se retiraron, mi amigo me miró y me rozó con su cola, lo seguí hasta una parte apartada del pequeño campo, me senté en un rincón rodeado de orquídeas, al frente a unos tres kilómetros de distancia se alzaba un majestuoso Araguaney, jamás había visto algo tan increíble.

Cuando la sombra comenzaba a apoderarse del lugar, una a una, las orquídeas que se encontraban en el campo comenzaban a brillar, el campo se llenó de un intenso brillo fosforescente, cada flor de color brillaba con una intensa luz, sólo que esta luz era verde esmeralda, exceptuando las hojas del majestuoso Araguaney que brillaban con un amarillo intenso, cual sol.

Fue hasta entonces cuando me di cuenta de que algo negro se movía cerca de él, a medida que se acercaba a mí lo noté, era más grande que todos los jaguares del campo, sólo que este no tenía ni manchas ni pelaje naranja, éste era tan negro como la oscuridad de la noche, de una noche sin estrellas. Caminaba hacia mí con una agilidad mortífera, mi compañero se levantó y fue a su encuentro, ahora ambos caminaban hacia mí, este jaguar era más grande y tenía inmensos ojos azules, más azules que el Mar Caribe, éste azul era brillante y potente.

En cuestión de tiempo la niebla esmeralda ya había inundado el aire, en un segundo los jaguares que ocupaban el campo desaparecieron, en su lugar se encontraban hombres, mujeres y niños, tuve que parpadear varias veces para saber si realmente estaban ahí, un hombre alto, más grande que los demás que estaban donde hacía unos segundos había estado el jaguar negro, se acercó a mí, me halo por el brazo izquierdo y levantó mi manga, una sonrisa de satisfacción por parte de su compañero, observé mi brazo pero no hay nada fuera de lo común.

El hombre que estaba parado junto al líder, era alto, flaco, con el cabello naranja y ojos color caramelo, con un brillo familiar, que reconocí al instante, sonrió y se presentó. Su nombre era Zumaridi, me dijo que estaba en Esmeralda, el hombre fornido junto a él se llamaba Frater, tenía como unos treinta años, ambos me custodiaron hasta el Araguaney al otro

lado del campo, literalmente entramos al árbol, había una compuerta de madera que no se distinguía, subimos por unas escaleras hasta lo alto del árbol, donde tenía lugar una pequeña habitación de madera. Los tres nos sentamos, estaba algo asustado, Frater me veía con desconfianza, pero Zumaridi me sonreía, les conté la razón por la que estaba en aquel lugar, y ellos me contaron quienes eran. Resulta que ellos eran una población de cambiantes, jaguares de día, y al llegar la oscuridad de la noche, las flores a su alrededor los convertían a su forma humana, era parecida a la forma animal, debido a que Frater era alto, fornido, moreno y con los ojos azules como las aguas de la Isla de Margarita.

La Esmeralda es su hogar, no saben quién fue el primero en llegar ahí, pero los que son como Zumaridi, buscadores, viajan por la montaña buscando a exploradores que se acercan lo suficiente a la esmeralda, según Zumaridi mientras más se acercan, si es uno de ellos, una forma de jaguar comienza a aparecer en su brazo, de ser ese el caso los ayudan a llegar al claro, si no, los ahuyentan. No siempre habían acertado con los exploradores, los buscadores a veces dependen de su intuición porque a menudo los exploradores llevan capas de ropa para protegerse de insectos y lluvia, de modo que a veces traían a personas que no pertenecían a los cambiantes, era un problema porque algunos se asustaban tanto que en algunos casos morían, en una ocasión un hombre trató de matarlos a todos con una escopeta, era un cazador, por suerte sólo murieron unos cuantos, por eso protegen tanto a su gente. Les pregunté por qué me habían llevado hasta su hogar, qué pasaba con el claro, la razón por la cual no dejan que me acerque a él.

Eres uno de nosotros. – Me dijo Zumaridi. – No le creí ni una palabra, era demasiado todo lo que había visto hasta ahora, pero sin duda yo no era uno de ellos.

¿Es que no lo ves? – Me preguntó Zumaridi, su rostro estaba alarmado. – Cálmate Zuma. – Le dijo Frater a mi compañero. – El simplemente no cree.

¿No creo en qué? – Les pregunté desafiándolos, ya me empezaba a cansar de los juegos y el misterio. Ambos me guiaron a la salida, no me iba a ir sin antes obtener una respuesta, pero honestamente no tenía intención en discutir con Frater, era varios centímetros más largo y ancho que yo, los seguí de mala gana, me dirigieron al claro. – ¿Y ahora qué? – Pregunté. Frater me miró con un gesto divertido, e hizo una seña a Zuma, ambos me tomaron por los brazos, y me arrojaron al pequeño lago, por un momento sólo sentí el agua helada, luego todo se volvió verde brillante lo próximo que supe fue que salté a la superficie, en ese instante me percaté de que algo había cambiado, estaba en cuatro patas, patas grandes con garras afiladas, me sacudí el agua y me di cuenta, ya no era humano, era

un jaguar.

Te dije que eras uno de nosotros. – Escucho a Zumaridi, pero no estaba hablando. ¡Su voz estaba en mi mente! ¿Puedes creerlo? En mi mente...No sabía qué hacer, ni que decir, y no podía decir mucho porque era un animal, un animal grande. Zumaridi continuaba hablándome en la mente, pasó un tiempo hasta que mi pelaje se secara por completo, cuando eso sucedió me encontré siendo yo mismo de nuevo. Estaba paralizado de la sorpresa, la confusión, y el miedo. Frater se acercó a mí y me dijo que el agua del lago era mágica. Podía sanar heridas, devolver la vida a aquellos puros de corazón, y volver a su forma animal a cualquier cambiante. Mi mente sólo comprendió las dos últimas palabras, yo, Samuel Hernández, era un cambiante.

¿Cómo puede ser posible? – Le pregunté a Frater y a Zumaridi.

Te sorprendería saber la cantidad de cambiantes que existen, todo porque algunos machos se niegan a permanecer aquí, sabes, en el instante en que abandonas la montaña, adoptas tu forma humana, los genes de cambiantes son fuertes, la mayoría se siente atraída a este lugar.

¿Pero por que dejé de ser jaguar? – Aún me costaba procesar toda la información.

Zumaridi habló. – Los cambiantes forasteros que nunca se han convertido, deben bañarse en el claro para tomar su forma animal, y hacer el ritual el día de la luna, ese día es mañana.

Me costó unos minutos asimilarlo, así como yo lo hice en la noche, que es cuando todos los cambiantes se vuelven humanos, al secarme volví a la forma en la cual se supone debería estar en ese momento, la mañana siguiente debía decidir si bañarme y hacer el ritual, o seguir con mi camino. Pensando todo lo que me habían dicho, unas palabras me golpearon como un camión, “devuelve la vida a quien muere de corazón puro.”

– Pero, eso significaría... – Le dije al Joven en un hilo de voz.

– Sí, Mila volvería a la vida. – Dijo sonriéndome. – El bombillo se me encendió en ese instante, saqué la caja donde estaban las cenizas de Mila, y me dirigí a paso firme al pequeño lago. Una mano fuerte tomó mi hombro y me giró – ¿Qué crees que haces? – Me gruñó Frater. Le dije que le devolvería la vida a Mila, él me miró con un desprecio que jamás había visto. – No. – Fue un no seco, con desprecio, tajante. Me solté de su agarre como pude, y seguí caminando. Lo próximo que supe era que estaba en el piso y la caja de caoba había resbalado de mis manos y había parado unos centímetros más allá de mi cabeza, vi a Frater con odio, por primera vez, él me devolvió la mirada, se escuchaban los gritos de la

gente, Zumaridi corria a separarnos, tomó a Frater, y ambos nos levantamos. – No irás a revivir a nadie. No sabes que pueda pasar, y nosotros no sabemos quien fue tu hermana, no vas a profanar nuestras creencias, nuestros tesoros, sólo porque hoy descubriste que eras uno de nosotros. En lo que a mí respecta, no eres nadie. – Sentenció Frater.

Miré a Frater, tratando de entenderlo, de verdad parte de mí le daba la razón, pero nadie iba a interferir, si existía una oportunidad de traer a mi hermana de vuelta, nadie iba a impedirlo. Di un paso hacia la caja, y Frater me paró en seco con un golpe en el costado, si tenía que pelear por Mila con él, lo haría. Le devolví el golpe, sentí como si todos los huesos de mi mano se rompieran en miles de pedazos, aproveché la distracción, corrí a tomar la caja y continué corriendo al claro, escuche gritos, vi caras horrorizadas, ya casi estaba llegando, Frater me tomó por los pies y caí, la caja de caoba voló por los aires y se abrió, las cenizas de Mila volaron hacia el agua, me sentía devastado, era mi última oportunidad.

¿Cómo te atreves? – Me gritó Frater. Sentí dolor en mis costillas, mi mandíbula, mi estomago, Frater golpeaba duro, Zumaridi lo tomó de los brazos y lo bloqueó en el piso, todos se quedaron quietos, no sé decirte si estaban asustados, o sorprendidos, por un momento temí que Frater me hubiera desfigurado, tal vez me había golpeado tanto que un ojo me había quedado en la frente, pero no me miraban a mí, su mirada iba más allá, me di la vuelta, y para mi gran sorpresa, en el centro del pequeño lago una nube verde se alzaba, y empezaba a tomar forma, una forma reconocible, pequeña, con largo cabello, y sonrisa de anuncio de pasta de dientes, era Mila.

Hermano. – Dijo la voz de Mila, no era mi hermana, es decir lo era, pero no en carne y hueso, en su lugar era como un fantasma verde esmeralda, flotando a la mitad del lago. – Gracias por devolverme a mi hogar. – Yo estaba anonadado, un susurro me sacó de mi estado de shock. Zumaridi había dicho "La Princesa", me giré a verlo, él y Frater ya no estaban en el suelo. Todos los cambiantes se habían levantado y se dirigían al fantasma de mi hermana. Miré a Mila, ella me sonrió con amor. De pronto el fantasma verde de Mila se volvió en un remolino, y ese remolino viajó hasta las raíces del Araguaney, se fundió con la tierra, en su lugar apareció una joven morena, de figura diminuta. Caminó acercándose a nosotros, sus ojos eran amarillos como las hojas del árbol. Era hermosa. Algo majestuoso, todos los presentes se arrodillaron.

Princesa... - Dijo Frater aún sorprendido. – ¿Cómo es posible? Tú... tú, desapareciste hace más de 30 años. Te buscamos, p-pero... – En todo el tiempo que estuve en Esmeralda, jamás vi a Frater titubear, ni perder su compostura, y fachada de líder.

No sigas Frater, tú fuiste el culpable de mi desaparición. Recuerdo cada detalle. – Miré a Frater confundido, Zumaridi estaba serio, tenía una mirada asesina y su agarre hacia Frater se hizo más fuerte.

– Eso no tiene sentido princesa, yo siempre me he preocupado por usted.  
– Le dijo Frater, ya no era el majestuoso líder que conocí, ahora sólo era un miedoso cobarde.

– Zumaridi. – Dijo Mila. – Hazlo.

El asintió, y tomó a Frater con ayuda de otros dos hombres, Frater gritaba pidiendo piedad, pero nadie iba a ayudarlo, lo arrojaron al agua, Frater cambió de hombre a jaguar, y de jaguar a hombre varias veces, hasta que volvió a quedar en su forma humana, sólo que más flaco y bajo de lo que solía ser.

Al parecer el agua del lago mágico también podía quitar poderes, y fuerza, a los cambiantes traidores, e impuros de corazón. Parte de los buscadores lanzaron a Frater fuera del campo, susurros y cotilleos dieron lugar luego de eso, fui en búsqueda de Mila, ella caminaba hacia el Araguaney donde había estado más temprano con Frater el traidor y Zumaridi. Mila me hizo señas para que subiera, me encontré con ella en la pequeña habitación donde me había reunido antes, Zumaridi llegó minutos después que yo, ambos miramos cautelosos a Mila, esperando por una explicación.

Resultó ser que Mila, era la princesa perdida de Esmeralda, había desaparecido hacía treinta años, nadie supo cómo ni por qué, tenía veinte años cuando sucedió. La habían buscado durante años. Frater que era el segundo al mando tomó su lugar, al principio continuaron buscando a la princesa pero luego Frater dejó de hacerlo, dejó de enviar tropas a buscarla y todos se resignaron.

Una noche la princesa había salido a explorar el cerro, Frater la había seguido hasta afuera del campo, ella sintió pasos pero pensó que era Dani, su pretendiente en ese momento, así que no le hizo caso, esa noche habían discutido, un humano se acercó por detrás, aunque todo estaba oscuro, la princesa supo inmediatamente de quien se trataba, Frater aún estaba usando la pulsera que ella le hizo con dientes de un zorro que ella misma había cazado esa mañana.

Apuntó a la princesa con una pistola que debió conseguir del cazador que habían ahuyentado la noche anterior, el dolor le impedía caminar, vió al traidor con odio, él tomó una vasija y la princesa supo rápidamente que trataba de hacer, Frater le iba a quitar sus poderes. Él le arrojó el agua al rostro, era agua del lago la princesa cambió de forma una vez y volvió a su forma humana, sin poderes, vulnerable, y destrozada, su mejor amigo la había traicionado, trató de arrastrarse, pero sintió un golpe duro en su espalda que la hizo rodar por la montaña, abrió los ojos cuando aterrizó

en una saliente, su cuerpo dolorido, su corazón roto por alguien a quien amaba, todo se volvió oscuro, lo último que supo fue que estaba parada en mi habitación viendo a un niño llorar en el cuerpo inmóvil de una niña pequeña.

Le tomó tiempo pero al final comprendió que había reencarnado en esa niña pequeña, su alma estaba conectada con ella, así como lo estaría con sus cenizas más adelante. Vio los planes que habíamos hecho para ir a Esmeralda y percibió que era su oportunidad para volver a hacer justicia. Se metía en mis pensamientos constantemente, como el recuerdo de Esmeralda y Mila, esa era la razón por la cual nunca pude superar, ni dejar de pensar en la muerte de mi hermana.

Pasaron los años, y la princesa nunca se dio por vencida, me cuidó lo más que pudo, hasta que se había resignado a nunca volver cuando yo me iba a la universidad, vio una última oportunidad, logró que todos los papeles de La Esmeralda quedaran en una caja debajo de mi cama. Desde ahí me acompañó en todo el camino hasta la ciudad.

El viejito vió mi marca, era un viejo cambiante, me dijo lo del lago mágico. Ella fue quien atrajo a Zumaridi hacia mí, ya que yo aun no estaba cerca de Esmeralda, usó su poder para que apareciera un dibujo de jaguar en mi brazo, sólo visible para ellos, por eso yo no lo podía ver.

Su magia se estaba agotando, la última pizca que le quedaba fue cuando me convirtió en un jaguar en el instante en que Frater y Zumaridi me arrojaron al agua, todo estaba saliendo según lo planeado, hasta que Frater trató de impedir que llevara las cenizas de Mila al lago, porque él sabía quién era Mila, y que pasaría si la revivía. Al final Frater fue desterrado a su suerte, sin poderes ni recuerdos. Mila me ofreció la oportunidad de quedarme, sus poderes habían regresado y podía convertirme en cambiante.

Rechacé su oferta, mi trabajo estaba hecho, La princesa estaba de vuelta en su hogar, y yo tenía familia que estaba esperando por mí, una vida y un futuro. Mila, mi hermana pequeña, se había ido y eso estaba bien, era feliz y era lo que tenía que suceder, finalmente logré entenderlo. Me quedé una noche más y a la mañana siguiente partí escoltado por Zuma y su hermano Erda. Me despedí de mis amigos y el mundo fantástico que había conocido. El viejo me esperaba en su curiara, sonriente, le devolví la sonrisa y no hablamos hasta llegar de nuevo a La Esmeralda, fue un silencio cómodo y reconfortante.

Al llegar le di su dinero, pasé la noche en casa de la señora que había conocido el primer día allá y al otro día salimos en la avioneta de nuevo a Puerto Ayacucho, me fui sin mirar atrás, tuve mi gran aventura, conocí a gente que jamás olvidaré, y ya estoy listo para empezar la nueva vida que

me espera.

– Eso es increíble. – Dije al joven, me giré y busqué la aprobación de los demás, pero ya no había nadie. La mujer se había levantado de última con sus hijos. Pronunció un insulto inaudible y se fue hablando sobre cómo la gente mentirosa hace que pierda su tiempo, miré confundido al joven, y este me sonrió en respuesta.

– No entiendo. – Le dije.

– No me creen. – me respondió el joven. – No creen en cuentos de fantasía, creo que eso fue lo que dijo el señor a su esposa antes de irse. – Me miró con una sonrisa indulgente. – Está bien, no importa si no lo creen, yo sé que fue lo que viví.

La encargada anuncia que el vuelo a Maracaibo saldrá en unos minutos, el joven se levanta y me saluda con la mano, y yo me quedo ahí sin poder decir nada, recojo mis cosas aún sorprendido de su historia, corro tras él, lo agarro del hombro y le digo...

– Yo te creo.

El me sonrió, y se dirigió a su lugar, esa fue la última vez que lo vi, aún hoy, diez años después, contándoles la historia a mis nietos, no he dejado de creer ni una palabra, ni he olvidado a ese joven desconocido, que hizo que creyera en la magia.